

Si nos preguntamos en algunas horas silenciosas, destinada a la meditación, por la razón de nuestra existencia, podríamos respondernos con las misteriosas palabras escritas por el genio de Dante: así lo quiso la suprema sabiduría y el primer amor.

Algo de esta sabiduría y de este amor primero se manifiesta en la irización con que se orna la espuma de actos nobles que corona las ondas musicales del mar humano de las generaciones. El amor, pues, inspira mis palabras de padre en esta celebración de los quince años de mi hija.

La sociedad ha consagrado como una de sus más sonrientes costumbres, la presentación de nuestras hijas ante ella. El acto en sí, convertido en solemne, participa de la austeridad dolorosa del saber y de la naturaleza emotiva del amor, porque si de una parte vemos al capullo próximo a transformarse en rosa, por otra parte conocemos el destino de lo efímero, y nos embarga entonces, tras una sensación de belleza por una plenitud, el dolor por el presentimiento de una despedida. Los hijos, al crecer, nos van perteneciendo menos. Tal vez por ello me complazco en recordar que los hombres más perfectos de la historia, gritaban acercando sus labios al botón cuyos pétalos vibraban por extenderse: ¡Detente, no te abras todavía! ¡No sabes lo que vale la promesa de lo bello?! ¡No comprendes que cerrado te amo como una esperanza y como un misterio, y que abierto te amenazan las manos ajenas y atrevidas, y que expuesto así al daño como flor hermosa, produces las angustias por perderte?! Eso es lo que pasa con los hijos: los preferimos pequeños, porque dependen de nosotros y nos sentimos sus dueños.....

Pero eso es egoísmo que han superado muchos pueblos: el pueblo chino ejemplariza en sentido opuesto. En aquél lejano país, según cuentan sus hermosas leyendas, al entreabrirse una flor se hacían sonar las melodías primorosas que habían ensayado sus mejores orquestas. Pueblo el chino más generoso, más familiarizado con la renunciación, tal vez por ser más viejo.

Entre estos dos ejemplos me encuentro ahora hablando con ustedes, y hablando con mi hija para decirle: sólo comprenderás lo que yo siento - ahora, hija mía, cuando lo sientas tú, por mandato de la vida. Pero comprendas hoy o no, este es mi mensaje: El amor, como escribió el Dante, mueve las almas y las estrellas; él te trajo al mundo y te anunciaron los heraldos del dolor materno y los timbres de tu propio llanto. Hoy llegas ~~llegas~~ a una etapa importante de tu vida y los mismos signos presiden nuestro cielo. Así sucederá siempre, porque es ley de la vida. El dolor purifica y el amor salva.

En mi egoísmo muy humano, en el fondo de mi pequeñez, quisiera decirte como los griegos: ¡detente, no te abras todavía!; pero como te quiero, como te amo, no para mí, sino para tí misma, quiero que toquen -- para tí sus mejores partituras, no las orquestas chinas, sino las cuerdas de mi corazón.!!.

!!Brindemos, pues, amigos, por mi hija que cumple quince años; hagamos de esta fiesta una fiesta de amor, una fiesta de primavera!!....



## SEÑORAS Y SEÑORES:

Si nos preguntamos en alguna hora silenciosa destinada a la meditación, por la razón de nuestra existencia, podríamos respondernos con las misteriosas palabras escritas por el genio de Dante: así lo quiso la suprema sabiduría y el primer amor.

Algo de esta sabiduría y de este amor primero se manifiesta en la irización con que se orna la espuma de actos nobles que corona las ondas musicales del mar humano de las generaciones. El amor, pues, inspira mis palabras de padre en esta celebración de los quince años de mi hija.

La sociedad ha consagrado como una de sus más sonrientes costumbres, la presentación de nuestras hijas ante ella. El acto en sí, convertido en solemne, participa de la austeridad dolorosa del saber y de la naturaleza emotiva del amor, porque si de una parte vemos al capullo próximo a transformarse en rosa, por otra parte conocemos el destino de lo efímero, y nos embarga entonces, tras una sensación de belleza por una plenitud, el dolor por el presentimiento de una despedida. Los hijos, al crecer, nos van perteneciendo menos. Tal vez por ello me complazco en recordar que los hombres más perfectos de la historia, gritaban acercando sus labios al botón cuyos pétalos vibraban por extenderse: ¡Detente, no te abras todavía! ¡No sabes lo que vale la promesa de lo bello! ¡No comprendes que cerrado te amo como una esperanza y como un misterio, y que abierto te amenazan las manos ajenas y atrevidas, y que expuesto así al daño como flor hermosa, produces las angustias por perderte! Eso es lo que pasa con los hijos: los preferimos pequeños, porque dependen de nosotros y nos sentimos sus dueños.....

Pero eso es egoísmo que han superado muchos pueblos: el pueblo chino ejemplariza en sentido opuesto. En aquél lejano país, según cuentan sus hermosas leyendas, al entreabrirse una flor se hacían sonar las melodías primorosas que habían ensayado sus mejores orquestas. Pueblo el chino más generoso, más familiarizado con la renunciación, tal vez por ser más viejo.

Entre estos dos ejemplos me encuentro ahora hablando con ustedes, y hablando con mi hija para decirle: sólo comprenderás lo que yo siento ahora, hija mía, cuando lo sientas tú, por mandato de la vida. Pero con prendas hoy o no, este es mi mensaje: El amor, como escribió el Dante, mueve las almas y las estrellas; él te trajo al mundo y te anunciaron los heraldos del dolor materno y los timbres de tu propio llanto. Hoy llegas ~~ixigam~~ a una etapa importante de tu vida y los mismos signos presiden nuestro cielo. Así sucederá siempre, porque es ley de la vida. El dolor purifica y el amor salva.

En mi egoísmo muy humano, en el fondo de mi pequeñez, quisiera decirte como los griegos: ¡detente, no te abras todavía!; pero como te quiero, como te amo, no para mí, sino para tí misma, quiero que toquen para tí sus mejores partituras, no las orquestas chinas, sino las cuerdas de mi corazón.!!.

!!Brindemos, pues, amigos, por mi hija que cumple quince años; hagamos de esta fiesta una fiesta de amor, una fiesta de primavera!!!...